

# CÁNDIDO: EL INDIVIDUO SALE DE LA HISTORIA

FERNANDO SAVATER



I have a Garden of my own  
Andrew Marvell

A Autor de una obra inmensa -algunos dirán “desmesurada”-, Voltaire es sin embargo uno de los clásicos cuya creación literaria es menos releída fuera de los circuitos académicos. Se vuelve de vez en cuando sobre sus panfletos malintencionados y nerviosos, a veces irresistiblemente cómicos; se recupera su Diccionario filosófico, su extenso y conmovido alegato en favor de la tolerancia, sus diatribas contra los fanáticos religiosos, contra las guerras, contra la tortura o el racismo: es natural, porque sus enemigos siguen siendo los nuestros aunque los siglos hayan cambiado algunos nombres y muchas direcciones de quienes fueron destinatarios de sus dardos. Los aficionados a la historia continúan frecuentando El siglo de Luis XIV o el Ensayo sobre las costumbres y sobre todo su correspondencia monumental, porque constituye el mejor fresco posible -a la vez ambicioso en su contorno y detallista hasta la minucia- de la vida cotidiana en el que mereció ser llamado “siglo de las luces”. Por encima de todo, volvemos una y otra vez sobre la figura misma de Voltaire, el primer intelectual, combativo y pacífico, rencoroso y noble, cáustico y compasivo, presa de las pasiones y enamorado del razonamiento: un paradigma de la modernidad más que su mentor, a la par inquietante y necesario.

Pero ¿dónde ha quedado toda la producción teatral y narrativa de Voltaire, sus poemas, sus ficciones didácticas, en suma: el grueso de su obra y lo que le conquistó antes que nada el aprecio de sus contemporáneos? En su inmensa mayor parte, todo eso está ya olvidado salvo por los especialistas; un puñado de obras breves, sin embargo, o de fragmentos de obras, siguen siendo estudiadas habitualmente en los cursos medios y superiores de lengua francesa. Por último hay tres o cuatro cuentos o novelitas breves que los aficionados a la lectura sin blasón académico aún degustan por puro placer: Candide, Zadig, Micrómegas y alguna otra. ¿Nada más? Nada más. En su estruendoso canon occidental, Harold Bloom sólo incluye los dos primeros cuentos ci-

tados, junto a las “Cartas desde Inglaterra” y el problema sobre el terremoto de Lisboa. Por cierto que Bloom no cita más que dos veces a Voltaire y en ambas ocasiones como crítico de Shakespeare, aunque sin mencionar que fue su primer introductor en Francia. ‘En cualquier caso, ya sabemos que la especialidad del crítico americano es subrayar obviedades a canonazos...

No creo que este decantamiento del juicio de la posteridad sea fundamentalmente equivocado. Voltaire es un gran escritor aunque no un gran autor de ficciones. Le gusta crear personajes, incluso demasiados (¡Occam le reprocharía multiplicar los entes sin necesidad!) , pero rara vez logra dotarles de un espesor psicológico mínimamente convincente. Las anécdotas y los incidentes argumentales de sus piezas también son variadísimos y con frecuencia muy ingeniosos, aunque dan cierta impresión de deliberación excesiva y trasluce cierto abuso de cálculo pedagógico o retórico: Voltaire es siempre demasiado intencionado para resultar buen narrador. Su mundo es por demás ordenado incluso cuando trata de reproducir lo caótico y apasionado de la existencia humana. Sus personajes y sus tramas son constantemente ejemplos de algo, carecen de altibajos fortuitos y siempre dicen pero nunca lograr sugerir. Walter Benjamin señaló la ambigüedad como característica de la buena narración y Borges apostilla que los mejores autores del género logran contar sus historias como si no las entendiesen del todo. Ninguno de estos dos criterios corresponde a la invención volteriana, perceptiblemente dueña de sí misma en todos sus detalles y clara tanto en planteamientos como en consecuencias... aunque la consecuencia obtenida sea la confusión del mundo. Además, la búsqueda permanente de elegancia y buen gusto según criterios neoclásicos prohíbe a Voltaire ese dejarse ir que constituye el atractivo de Shakespeare o de Steme en sus mejores obras.

Sin embargo, aunque cada una de las obras de ficción de Voltaire en la inmensa mayoría de los casos no acaben de convencernos literariamente y proporcionen hoy al lector eventual un placer menos que moderado, su conjunto no puede dejar de suscitar admiración. Como ha dicho René Pomeau, máxima autoridad en la

materia, se trata de una auténtica comedia humana en la que se pasa revista a todos los países, todas las épocas y todas las costumbres imaginables. Es increíble lo vasta y punzante que fue la curiosidad de Voltaire. Pese a compartir con la mayoría de su siglo un eurocentrismo básico, su interés por conocer lo remoto en el tiempo y en el espacio no se agota jamás. Su deseo hubiera sido pintar a todos los hombres y mujeres, sus gustos, sus caprichos, sus racionamientos y supersticiones, sus costumbres. A otros les fascina lo exótico como parte de lo insólito; a Voltaire lo que le interesa mostrar es que nosotros nos admiramos con sorpresa de lo que es rutina de muchos. Aún más: de lo que en el fondo coincide con la rutina de pasiones, codicias y temores que también nosotros practicamos. Simplificando al máximo, Voltaire llega a la conclusión cosmopolita por excelencia, la de que "en todas partes cuecen habas"... incluso donde no hay habas o está prohibido comerlas. Pero esa convicción final no mitiga su interés por conocer los detalles peculiares y los múltiples escenarios que rodean, como él mismo dice, a la representación en todas partes de la misma tragedia. Sus dramas y sus relatos pueden carecer de profundidad en los análisis pero nunca les falta inquietud por la variedad circunstancial de la peripecia humana ni el propósito de abarcarla del modo más completo posible. A veces peca por abigarrado y reductor, pero no sabe ser localista. Los siglos, nuestro planeta, incluso las estrellas y mundos más lejanos, todo se queda pequeño o todo resulta próximo para su impaciente vivacidad peregrina. No hay nadie menos pueblerino que Voltaire porque, si bien creyó ocupar el centro del mundo como nos suele pasar a todos, al menos estuvo seguro de que dicho centro podía desplazarse junto con él.

Solamente en un punto Voltaire consiguió que la posteridad haya sido unánime respecto a él: "Cándido o el optimismo" es su logro literario supremo en el campo de la ficción. Se trata de una obra de madurez puesto que la escribió en 1758, habiendo rebasado ya los sesenta y cinco años de edad, y no dejó de retocarla prácticamente hasta el final de su vida. En "Candide" no sólo se da la plenitud de su estilo -uno de los más depurados y también inconfundibles de su tiempo- sino la quintaesencia intelectual de la experiencia de una vida singularmente rica en peripecias y conocimientos. También el género del cuento filosófico corresponde particularmente bien al arte volteriano, que exige brevedad -requisito de la malicia- y moraleja intelectual (a Voltaire le gusta escribir siempre para actuar, para intervenir en la organización social). Pero sobre todo "Candide" goza de un especial estado de gracia, de una animación jubilosa y feroz, de una fuerza sublevada que finalmente se resigna a resignarse pero sólo -sólo diría el lobo del cuento- para rebelarse mejor... Es tradición que el relato se escribió en pocos

días y yo no lo pongo en duda porque hay en él tanta endiablada *velocidad* -como bien señaló Italo Calvino- que resulta inimaginable una elaboración tediosamente prolongada. Hay escritores que tienen prisa por demostrar que son geniales, pero Voltaire demostraba que era genial sólo cuando tenía prisa.

La segunda parte del título dice "...o el optimismo". Suele señalarse siempre como uno de los rasgos característicos de la Ilustración su optimismo metafísico y sobre todo social, lo que dos siglos y muchas conflagraciones sanguinarias más tarde se han prestado a todo tipo de reproches burlones o doloridos. Sin embargo el optimismo ilustrado, al menos el de los más notables representantes de la batalla de las luces (como Voltaire, Diderot y no digamos Rousseau), no es beato ni ingenuo sino crítico, hasta suspicaz y más orientado a tonificar la militancia que a repantingarse en el conformismo. Particularmente Voltaire no puede ser adscrito sin reservas a ningún triunfalismo optimista, ni en lo tocante a los poderes de la razón, ni en lo referente a los límites de la perfectibilidad humana -a su juicio bastante estrechos-- ni desde luego en cuanto a su cosmología. Basta para comprobarlo releer su poema sobre el terremoto de Lisboa, su *Zadig o Los viajes de Scarmentado*. Y por supuesto *Candide*: precisamente uno de los textos más emblemáticos de la Ilustración es una sátira del optimismo. Cuando Cacambo le pregunta a Cándido qué es el optimismo, obtiene la siguiente respuesta: "Es la manía, ay, de sostener que todo es bien cuando se está mal...". Voltaire no puede ser honradamente acusado de haberse dejado llevar por dicha manía, entre otras cosas porque hubiera paralizado su afán combativo y regeneracionista. Lo único que puede decirse de Voltaire es que estuvo aún más lejos de la desesperación que de la beatería que todo lo encuentra bien o en vías de llegar a estarlo.

La mayoría de los cuentos filosóficos volterianos confrontan las doctrinas librescas con los conocimientos que aporta la experiencia vital. Los protagonistas, sean *Zadig* o *Memnon*, se decepcionan más bien antes que después de las grandes teorías tradicionales que glorifican la secreta armonía universal. Incluso aunque sea un ángel quien se les aparezca para intentar convencerles de lo positivo del rumbo cósmico, como sucede a los dos antes citados, ellos se fían mejor de las dolorosas lecciones empíricas brindadas por la vida. Aquí radica una diferencia fundamental entre Voltaire y pensadores de su época más conservadores, como Pope. Según el poeta inglés, es el orgullo lo que impulsa al hombre a razonar contra dogmas de fe oscuros pero en parte necesarios; para Voltaire, en cambio, los motores del raciocinio son el dolor y la *dura necesidad*, la cruel necesidad que sólo puede ser compensada por la clara comprensión de sus leyes nada indulgentes. Lejos de una manifestación de soberbia, el aprendizaje racional

que descrea de la tranquilizadora mitología de nuestros mayores proviene de la escarmentada humildad ante lo real. A fin de cuentas, es en este punto donde Voltaire zanjara la disputa entre los antiguos y los modernos porque el verdadero debate se plantea entre los modernos que piensan como los antiguos y los modernos que han aprendido a pensar por sí mismos, a partir de su concreta experiencia histórica.

De todos los protagonistas de relatos volterianos, Cándido es el más imperturbablemente fiel a la lección aprendida en su adolescencia. Como ha sido adiestrado para no pensar nunca por sí mismo, se asombra de quienes lo hacen pero también siente fascinación por ellos. De aquí su vinculación a Martín y la atención, no por escandalizada menos atenta, que muestra en cada lugar a los denostadores del orden universal. Sin embargo Cándido no va a sustituir el sistema de la teodicea leibniziana que le enseñó Pangloss por otra doctrina omnicomprendiva más acorde con las revelaciones despiadadas que le van haciendo los acontecimientos de su vida. Sencillamente irá relegando el optimismo filosófico al limbo que corresponde a toda teoría demasiado ambiciosa que pretende conocer la clave oculta del devenir universal. Conservará en cambio un cierto optimismo mitigado, ligado directamente al ejercicio abarcable de las tareas cotidianas. No es posible justificar todo lo que ocurre pero es posible y aconsejable legitimar racionalmente lo que hacemos día a día para conservarnos, evitando con prudencia los males más evidentes. En una ocasión, ya a finales del relato, Cándido pregunta a Martín: "¿Pero entonces con qué fin ha sido creado el mundo?". Y Martín le responde: "Para hacernos rabiar". Cándido no replica pero en silencio decide que tampoco rabiará, porque rabiar es tan inconsistente como loar la armonía universal.

Quizá la verdadera originalidad de Candide es mostrar por primera vez a un individuo humano que se sus- trae a la obligación avasalladora de la historia. Los

protagonistas de los relatos del pasado, fuesen héroes o príncipes, actuaban como agentes destacados del de- curso histórico y de sus altos designios, encamado en sus figuras. Los personajes de la narración picaresca, por su parte, maniobraban en los intersticios de la historia, sin confirmarla ni desmentirla, como parásitos astutos de su proceso grandilocuente. Pero pudiera ser Cándido la primera criatura literaria que comienza su peripecia convencido de que debe sostener ideológica- mente el devenir de los sucesos mundiales y la armonía que coordina el cosmos natural y el social, para después irse poco a poco desvinculando de tan ambiciosa pre- tensión. Cándido padece guerras, sufre inquisiciones, fatiga los países y los mares, causa muertes y recibe he- ridas: incluso es huésped y beneficiario eventual de El- dorado, es decir, de la utopía (un lugar entre los demás, porque la imaginación anhelante contribuye también a la cartografía irónica del mundo que habitamos). En todo momento se esfuerza por conservar el entramado dogmático que absuelve a los acontecimientos y los bendice contra toda evidencia. Pero paulatinamente, con lágrimas y sobresaltos, va perdiendo... ¿la inocen- cia o la candidez? No: la arrogancia historicista que quisiera coordinar en una única trama inteligible, basa- da en la ponderación o el denuesto, el caos azaroso de sucesos en que nos movemos y somos. Al final del rela- to, Cándido no abandona la acción que mejora y apro- vecha lo que está a nuestro alcance -como Voltaire, conoce la ingenuidad del optimismo juvenil pero no esa otra ingenuidad peor y senil: la desesperación- si- no la presunción teórica que vincula cada acto indivi- dual con la voracidad del delirio justificador que no deja cabos sueltos. De antemano, Cándido deserta de la vocación unánime hegeliana que prolongará la teodi- cea leibniziana pocas décadas más tarde. Y se resigna al ideal casero y descaecido, Cunegunda, pertinaz Dulci- nea retrasada y dudosamente límpida de este discreto don Quijote que no necesita morir para volverse defi- nitivamente cuerdo. ZI

